

Cop de CUP. Emergencia política, estructura partidaria y voto antisistema en Cataluña

Autor: Lic. Patricio G. Talavera

Universidad de Buenos Aires/Universidad de Tres de Febrero

pgomeztalavera@gmail.com

Producto de la crisis económica que afecta a todo el Reino de España desde el último semestre de 2007, pero también, del agotamiento progresivo del modelo federal español, han surgido en sus periferias nuevas expresiones de descontento político que se han traducido en fuerzas políticas noveles con planteamientos innovadores. En el presente trabajo, se aborda el caso de las Candidaturas de Unitat Popular (CUP), las cuales pasaron de un lugar marginal en la política municipal catalana de finales de los años 90 y principios de los 2000, a protagonizar las principales decisiones políticas luego de los procesos electorales del año 2012 y 2015. Se revisará sus antecedentes, el tipo de votante, su geografía electoral en Cataluña, y su estructura organizacional, vinculándola con su ideología, caratulada como izquierda radical antisistema. Por último, se trazará su perspectiva dentro del proceso soberanista catalán, y el cambio de sistema de partidos producido a partir del 2010, en el contexto de la reconfiguración de contexto social y económico catalán.

Las elecciones autonómicas catalanas del 27 de septiembre del 2015, en pleno conflicto de soberanías entre el Estado español y el gobierno local catalán, fueron convocadas por el entonces presidente de la Generalitat de Cataluña, el nacionalista Artur Mas, como “elecciones plebiscitarias”, como el referéndum consultivo que, siguiendo el modelo quebecqués, buscaba determinar la relación entre Cataluña y el conjunto del Estado español, en una polémica que lleva 300 años de duración, desde la caída de Barcelona a manos de las tropas reales borbónicas de Felipe V. En un escenario de crisis múltiple (económica, social y por tanto, también política), los dos partidos tradicionales del nacionalismo catalán, la gobernante Convergencia Democrática de Catalunya (CDC) y la independentista Esquerra Republicana de Catalunya (ERC) formaron una alianza con independientes de nuevo cuño, denominada Junts Pel Sí (Juntos por el Sí), primera opción electoral que llevaba la escisión del conjunto del territorio español en su programa electoral desde el restablecimiento de la democracia en 1977. Los resultados, si bien

dieron un amplio triunfo a Junts pel Sí (JxS) implicaron la no obtención de la mayoría absoluta en el *Parlament* catalán, conquistando 62 bancas sobre 135, menos que las 71 que la sumatoria de CDC (entonces aliada bajo la sigla histórica del nacionalismo catalán, Convergència i Unió, a los democristianos de Unió Democràtica de Catalunya de Josep Antoni Duran i Lleida) y ERC. La noticia del triunfo independentista debió compartir portada con la emergencia de Ciudadanos (*Ciutadans*) como segundo fuerza y primera fuerza españolista, por arriba del PSOE (*Partit del Socialistes de Catalunya – PSC*) y del Partido Popular, con 25 escaños, y, sobre todo, con el gran e inesperado éxito electoral de una nueva fuerza política. Se trataba de las Candidaturas de Unitat Popular (CUP), formación definida como “antisistema”, “anticapitalista”, “republicana” e “independentista” y defensora de la salida de la Unión Europea. Conformada por múltiples agrupaciones locales de carácter antisistema, las CUP combinan dos elementos que no suelen aparecer juntos: cierta antigüedad en el ecosistema de partidos de Cataluña (se conforman primariamente en torno al municipios de Arbucies y Saint Pere de Ribes, hacia 1996) pero su identidad definitiva (la que los propulsa en toda Cataluña) queda determinada en 2011 cuando logran más de 100 regidores en toda la Comunidad, un salto cualitativo para su historial, y los tres escaños logrados en las autonómicas de 2012. En septiembre de 2015, mas que triplicó sus resultados de 2012: 10 asientos en el nuevo *Parlament*, los votos que JxS necesitaba para alcanzar la mayoría absoluta, estableciéndose, por soledad política de la coalición independentista con respecto al resto de las formaciones, una relación de dependencia para la estabilidad del *Govern*. Esto se dio a tal punto que el candidato a la presidencia del gobierno de JxS, Artur Mas, debió dimitir 24 horas del plazo fijado para la reconvocatoria electoral, acordándose con las CUP la sustitución por el alcalde de Girona y líder de la Asociación de Municipios por la Independencia, Carles Puigdemont (CDC-JxS).

Pero ¿Qué son las CUP? ¿Es un fenómeno populista, como se ha referido constantemente el análisis hacia Podemos y Ciudadanos? ¿Qué implica ser un partido “antisistema” en el siglo XXI?. Antes de abordar sus características fundamentales, debemos hacer una serie de observaciones sobre qué identificamos como populismo y como antisistema.

Los movimientos populistas y los movimientos antisistema: Teoría y orígenes de la CUP

El “populismo” no es lo mismo que los “movimientos populares” o que “lo popular”. Es algo más y algo diferente, y pretendo analizar las características que muestran por qué. Como preámbulo a la distinción entre movimiento popular y populismo, puede ser útil examinar los dos movimientos políticos más recientes que surgieron en Estados Unidos: Occupy Wall Street y Tea Party. El eslogan del primero de ellos fue “Somos el 99 %” y esto se ajusta muy bien al esquema formal del discurso populista, en el que se da una polarización entre los muchos y los pocos y un cuestionamiento de las instituciones representativas (dos elementos importantes del populismo). Sin embargo, un movimiento dotado de una retórica populista

El objetivo del populismo es, pues, vaciar el espacio del poder para volver a ocuparlo. Esto implica erosionar el campo simbólico y sustituirlo por la materialidad del poder. En otras palabras, implica que los conflictos de intereses y de clases tengan lugar, ya no en el lenguaje de las instituciones y los procedimientos, sino como expresión directa del poder social que tiene al Estado como instrumento. A partir del reconocimiento de que lo que sostiene a un régimen político es el marco simbólico del poder, el populismo deduce cuál es su misión: ocupar y conquistar ese marco simbólico. Del pluralismo de las opiniones a la producción de una narrativa dominante: he ahí la principal tarea de un proceso político cuya meta es fusionar la pluralidad de los públicos que componen lo que denominamos opinión pública en una sociedad democrática.

El populismo libra una batalla con la democracia representativa sobre el significado y la práctica de la representación, ya que procura una identificación más genuina entre los representados y sus representantes. Lo hace transformando la representación, esencialmente, en un proceso de unificación del pueblo, y no de mera defensa y expresión de las opiniones e intereses de los ciudadanos. El populismo considera la representación una estrategia para la construcción del orden político por encima de la sociedad y mediante la expulsión de la política de los intereses sociales, y por consiguiente también de los conflictos. Como decía Schmitt –dándole así al populismo un argumento importante–, la representación es política en tanto y en cuanto rechaza los llamamientos liberales en pos del control, el monitoreo y la relación entre la sociedad y la política, con lo cual

acorta la distancia entre el líder elegido y sus electores incorporando a la sociedad dentro del Estado. Su destino es, pues, el cesarismo.

La unificación del pueblo frente al pluralismo es el tropo estructural del populismo moderno como lo fue en la época de los demagogos de la Antigüedad. Basta mencionar, a este respecto, la defensa que hace Schmitt del presidencialismo contra el parlamentarismo. Según él, este último es una reunión de elegidos que representan distintos intereses, partidos y clases sociales, en tanto que “el presidente de la república es elegido por todo el pueblo alemán”. Solo en este caso las elecciones son una estrategia en pos de la unidad y no de la desunión, y la representación es auténticamente una reproducción visual de la nación íntegra tanto en el plano simbólico como en el institucional, y no la expresión de algunos sectores del país o una estrategia de infiltración de los intereses sociales en el Estado. El presidente de la república encarnaba la visión católica que tenía Schmitt de la representación, la cual haría visible (por mediación del papa) la divinidad invisible del pueblo en la que él creía. A todas luces, dado que la representación era una síntesis de la identidad con la presencia del soberano, para Schmitt el pluralismo partidario y la rivalidad parlamentaria eran un anatema, un pecado mortal en su teología política, porque equivalían al cisma religioso. “En contraste con ello [la fragmentación de los grupos parlamentarios], el presidente tiene la confianza de todo el pueblo, no mediada por un parlamento dividido en partidos. Más bien, esta confianza se une directamente en su persona”⁴¹. Para la perspectiva de la democracia populista las instituciones representativas poseen un valor puramente instrumental. El pueblo (de hecho, la mayoría) legitima en forma directa las instituciones, sin otra mediación que su voluntad real manifiesta. “Contra la voluntad del pueblo —escribió Schmitt— no tiene justificación autónoma la existencia, en especial, de una institución autónoma basada en el debate de representantes independientes”. El populismo niega autonomía a las instituciones políticas, en particular al poder legislativo; por este motivo posee una fuerte vocación antiparlamentaria. Esto nos lleva, una vez más, al cesarismo, categoría que analizaremos brevemente.

En su teoría de la democracia populista, Laclau revive los temas principales de los que se ocupó Schmitt. Consciente del problema del cesarismo y del liderazgo dictatorial, aduce que si bien la política populista puede tomar formas personalistas

y a veces identificarse incluso con la figura de un líder, lo que la determina no es la personalización; lo que la distingue es el tipo de pensamiento que pone en práctica “mediante dicotomías como el pueblo contra la oligarquía, las masas trabajadoras contra sus explotadores, etc.”. El populismo no sería, pues, una mera “acción política” sino un tipo democrático de acción política, porque le confiere un papel central a la clase obrera, la gente común o los pobres. El populismo es equivalente a la política, y además es una clase de política más igualitaria o democrática. Por lo tanto, si hay personalización, infiere Laclau, no es eso lo que le hace ser a la política populista lo que es: la identificación del movimiento con un líder es el medio a través del cual la política populista busca y logra la polarización a la que aspira. Ahora bien, la unión de la polarización con la personalización no contribuye, como hemos visto, a hacer del populismo una política democrática, ni siquiera cuando se le añade el concepto de hegemonía de Gramsci.

Laclau toma la noción gramsciana de la ideología como narrativa unificadora para la constitución de la identidad colectiva. Pero Gramsci expuso con claridad los riesgos que implica una política hegemónica. Afirmaba, por ejemplo, que si no se apoya en una organización partidaria de liderazgo colectivo, enraizada en una concepción de la historia y del progreso social que no le dejara a cualquier intérprete la libertad de convertirla en una herramienta retórica de la persuasión, la política hegemónica corría el serio peligro de convertirse en vehículo de un cesarismo reaccionario, que usara el populismo para alcanzar el triunfo. En sus *Notas sobre Maquiavelo*, donde analiza las dos formas que puede adoptar el cesarismo, Gramsci revisó la doctrina marxista clásica, en la que todas las formas de gobierno figuraban como dictaduras de la clase dominante. La expresión que le dio Gramsci al cesarismo constituye una reformulación interesante del análisis de Aristóteles sobre el surgimiento de un liderazgo demagógico.

Gramsci reinterpretó la categoría marxista de “bonapartismo” de modo de conferir sentido a la función progresista de una política basada en un líder (el caso de César y de Napoleón I) en un entorno revolucionario. Ante un callejón sin salida social o un “equilibrio catastrófico”⁴⁵ que preparaba el camino a una revolución, el líder cesarista podía desempeñar un papel positivo si, aun sin proponérselo, su victoria favorecía a la fuerza progresista de ese momento, al par que implicaba una transacción

con la fuerza reaccionaria. El resultado –pensaba Gramsci– podía ser dejar atrás el “equilibrio catastrófico” y dar lugar a un escenario político que podría ayudar a la fuerza progresista a cumplir su cometido en el futuro. Como observa con agudeza Benedetto Fontana, el método de Gramsci es diádico o basado en las antinomias: sociedad civil en oposición a sociedad política, consentimiento en oposición a coacción, hegemonía en oposición a revolución violenta pero también a poder dictatorial o coactivo⁴⁷. En la obra de Gramsci, el cesarismo está presto a estallar en una situación revolucionaria pero no en lo que él denominó “guerra de posición”, donde para avanzar hacia un cambio social y político gradual lo que se precisaba no era cesarismo sino hegemonía. Constituye, pues, un error, trasplantar las reflexiones de Gramsci sobre el cesarismo (la “guerra de movimiento” o la revolución) –que no necesita una política hegemónica porque la situación social ya está madura para el cambio– a una situación en la que se requiere un cambio gradual o molecular (“guerra de posición”): allí adonde es oportuno aplicar una política de hegemonía, el cesarismo está fuera de lugar, y viceversa (aun cuando en momentos de crisis, en un sistema parlamentario el dirigente de un partido logre unificar detrás de su figura representativa a una gran coalición).

A esta altura, ya podemos percibir cuál es el sentido de ligar el populismo con el republicanismo al decir que constituye una visión romana de la política y el gobierno. Los populistas piensan que más allá de la actividad política, compuesta de campañas electorales, organización, plataformas ideológicas, representantes y cuestiones debatidas públicamente, hay una sustancia llamada “el Pueblo” que se compone (en las palabras de Jeffrey Edward Green) de “la masa de los ciudadanos comunes, que no ocupan cargos públicos, considerados en su capacidad colectiva” que participan como espectadores, en forma más o menos similar al “populacho” o la “plebe”.

El término “partidos antiestablishment político” es bastante engorroso y, por lo tanto, bastante inusual. Pero para nosotros es mejor para ser más preciso, que otros términos en competencia. Las taxonomías de partido que toman en cuenta la existencia de actores antiestablishment político los tratan característicamente como una “categoría residual” heterogénea (Ignazi, 1992: 6). El concepto más popular para clasificar esos fenómenos aparentemente inclasificables es el “populismo” (véase, por ejemplo, Betz, 1993; Ducatzenzeiler *et al.*, 1992; Kingstone, 1994: 72; Singer, 1990). El término suele ir

acompañado de adjetivos o prefijos como “neopopulismo” (Mayorga, 1995), “nuevo populismo” (Leggewie, 1992), “populismo de derecha” (Pfahl–Traugher, 1994), “populismo nacional” (Backes, 1990), “populismo federal” (Piccone, 1992) o “telepopulismo” (Schneider, 1991). Otros autores describen a esos actores simplemente como “anticorriente principal” (Citrin, 1974: 982) o “antiestablishment” (Huntington, 1991: 266-268; Oliveira, 1992: 10; Schneider, 1984: 121). Otros más hablan de “partidos de protesta” (Falter y Schumann, 1993; Müller-Rommel, 1993; Smith, 1989: 175), “partidos de descontento” (Lane y Ersson, 1994) o “partidos antipartido” (Poguntke, 1994), que es una etiqueta paradójica acuñada por los verdes alemanes (sobre “antipartidismo” véanse también Daalder, 1992; Mainwaring, 1992: 24-29; Mudde, 1994; Power, 1991: 89; Scarrow, 1995; Schneider, 1984).

La política democrática moderna funciona sobre la base del “código binario” (Luhmann, 1989) gobierno *versus* oposición. Los actores antipolíticos afirman que ese código no tiene sentido; según ellos, las diferencias existentes entre gobierno y partidos de oposición son simplemente irrelevantes. Su estrategia es la desdiferenciación simbólica. Recodifican el universo de los actores políticos como una clase política homogénea. La ecuación antipolítica central es gobierno-oposición.

En los discursos antiestablishment político todo el estrato de los políticos profesionales (que normalmente incluye a los funcionarios públicos) queda agrupado bajo etiquetas tan precisas y poco halagadoras como “los maharajás” (Collor de Mello), “los caciques políticos” (Unión del Pueblo Alemán), “el bandolerismo político”, “la mafia política” (Vlaams Blok), “los ladrones de Roma” (Liga del Norte), “el cártel del poder”, “los caballeros del privilegio” (Haider), “la gente en Washington”, “los pilones”, (Perot) o, simplemente, “los cerdos” (Rossem).

Las diferencias entre los partidos “tradicionales” son meros fenómenos de superficie, nada más que simulacros cosméticos. En realidad, los “viejos” partidos no compiten, están coludidos. Forman un cártel cerrado que enfrenta sólo a una fuerza importante de oposición. Los actores antiestablishment político reclaman que las personas que están a cargo de la toma de decisiones políticas no son las adecuadas. Siguiendo la conocida distinción de Jürgen Habermas entre racionalidad cognitivo-instrumental, normativa y expresiva, podemos distinguir tres tipos de críticas que los actores antiestablishment político pueden formular contra Primero está la acusación de

irracionalidad cognitivo-instrumental. Muchos partidos antiestablishment político acusan a sus adversarios de incompetencia. Afirman que los políticos profesionales actúan de todas maneras menos profesionalmente. En realidad, dice el portavoz antiestablishment político, son peores que expertos deficientes. Carentes no sólo de pericia sino de sentido común, ni siquiera están a la altura de los criterios de racionalidad de los aficionados. Como a Ross Perot le gusta indicar, los políticos ni siquiera entienden cosas tan simples como el capitalismo (Perot, 1993: 14). Están atrapados en un estado de ignorancia irreparable que contrasta pintorescamente con la estrecha cercanía de la que goza el actor antiestablishment político respecto a las fuentes de la sabiduría popular eterna. Por ejemplo, el discurso florido de Jörg Haider retrata a los funcionarios públicos como (literalmente) aficionados, estúpidos, ignorantes, incompetentes, insensatos, miopes, irrealistas, caóticos, confusos, apresurados, contradictorios y demás (Schedler, 1995a).

Segundo, piénsese en la acusación de irracionalidad normativa. Los actores morales antiestablishment político ponen en duda las credenciales normativas de los que toman decisiones públicas. Polemizan contra la traición, la corrupción, la injusticia y el autoenriquecimiento. Según su indignada retórica, los funcionarios públicos emplean la mayor parte de su tiempo de trabajo “vendiendo” a la gente y lo único que les interesa es “promover sus propios intereses egoístas” (Voerman y Lucardie, 1992: 40). Los ataques morales de este tipo suelen coincidir en parte con la convicción antipolítica de que la política en general representa una actividad “sucias”, “un espacio social contaminado” (De Lima, 1993: 105).

La tercera acusación es la de la irracionalidad de expresión. Las acusaciones de insinceridad pertenecen al repertorio común de los actores antiestablishment político. Típicamente exponen un punto de vista cínico y teatral de la política, que percibe una gran brecha, y en realidad una contradicción fundamental, entre la parte frontal del escenario público de la política y las bambalinas invisibles. Mientras que la parte frontal del escenario es sólo una realidad aparente, un mundo de fachadas, una serie engañosa de rituales huecos, las bambalinas representan el auténtico *locus* de la política.

Los actores antiestablishment político son *outsiders*, extraños a la política (véase, por ejemplo, De Lima, 1993; Dennis y Owen, 1994: 5-6; Hermet, 1989: 178; Huntington, 1991: 266; Ignazi, 1992: 16). Ellos se describen –y son percibidos por sus competidores así como por el público en general– como actuando fuera del sistema de partidos. Por

razones de lógica, así como de credibilidad, no pueden lanzar sus campañas antipartido, antiélite, antiestado, antipolítica, anti todo lo que sea desde adentro del establishment político. Sin embargo, nadie llega al mundo político con su reputación de *outsider* antiestablishment político ya consagrada. Los aspirantes a candidatos primero han de conquistar sus credenciales antiestablishment político. Tienen que construir una identidad antipolítica. Tienen que construir una imagen de externalidad y antagonismo frente a la élite política.

La mayoría de los partidos antiestablishment político son partidos nuevos. No es ninguna sorpresa. El atributo de la novedad brinda el punto de partida lógico para los ataques al establishment político y sus rutinas. Los actores aparentemente nuevos e inocentes están en una posición claramente privilegiada para formular –de un modo plausible y creíble– condenas antiestablishment político así como promesas de cambio. Normalmente no resulta muy convincente cuando militantes que han estado mucho tiempo al servicio de un partido se visten con “el hábito inmaculado del redentor” (Ducatenzeiler *et al.*, 1992: 170) con el fin de poner en escena dramas antipolíticos. Así que en la mayoría de los casos los actores del antiestablishment político explotan el aura de la novedad, los encantos de lo desconocido y de lo no intentado, de lo no agotado y lo no contaminado.

El prefijo “anti” en la noción de política antiestablishment político es deliberado. Los actores antiestablishment político no sólo anuncian imágenes de neutralidad política. No pretenden simplemente ocupar posiciones no políticas o apolíticas. No sólo están afuera, están con-tra el establishment político. En consecuencia, tienden a desplegar estilos de oposición agresivos, de confrontación. Su retórica, expresada en metáforas de lucha y de guerra, es dura e inflexible. Ataques poco diplomáticos, la cruda aspereza del lenguaje popular, el insulto, el ridículo y la transgresión de las reglas mínimas de cortesía son elementos comunes en los discursos antiestablishment político (véase Iacopini y Bianchi, 1994; Schedler, 1995a; Taggart, 1994: 8).

Los discursos antiestablishment político ponen en tela de juicio la distinción convencional entre adversarios políticos (reconocidos) y enemigos políticos (violentamente combatidos). Los actores antiestablishment político no admiten la violencia contra otros partidos; no los combaten con armas. Pero tampoco los reconocen, sino que expresan una antipatía de principio por sus competidores, manteniendo su

distancia y rechazando tanto el pacto como la cooperación. Se podría decir que mientras que la política democrática “normal” trata al otro como “adversario” (*alter ego*), la política antiestablishment político lo trata retóricamente como “enemigo”.

Según el sociólogo político Hans-Georg Soeffner, el populismo y el carisma representan principios antitéticos. Los populistas son hombres simples, camaleones que se adaptan a su medio; las figuras carismáticas son líderes, héroes singulares que se alzan por encima de su entorno. El populista se dirige a un público; la personalidad carismática genera seguidores. El populismo está incrustado en la vida cotidiana y defiende la continuidad del *status quo*; el carisma apunta a trascender la vida cotidiana y promete el cambio (véase Soeffner, 1992: 177-202). No obstante, los partidos antiestablishment político sintetizan efectivamente esos estilos opuestos de política cuando ponen en escena el populismo carismático. En relación con ello quisiéramos subrayar tres puntos.

Pero las CUP contienen otra característica fundamental, el ser un partido antiestablishment. Primero, los actores antiestablishment político se presentan a sí mismos como agentes del cambio. Son los vencedores de la inercia en el mundo político, los motores de la reforma, las puntas de lanza de la revolución. Son los últimos héroes de la acción. Hemos hablado suficiente, dicen, vamos a hacer algo (sobre la autopresentación de Ross Perot como mecánico de reparaciones al instante de la democracia, véase Brown, 1996). Su afirmación antipolítica de que la política está en la raíz de todos los males sociales, les proporciona a los partidos antiestablishment político un “punto de Arquímedes” para la intervención política (o hasta mágica), para las mejoras pro-positivas (o hasta la revolución) de la sociedad. Abre la posibilidad de un cambio voluntarista de largo alcance y de este modo ofrece esperanza y a veces hasta la redención.

Segundo, los actores antiestablishment político promedio comparten plenamente el desprecio de los populistas por la intermediación política, sus prejuicios antiinstitucionales. Los altos grados de personalización son sintomáticos de esta actitud. Los partidos antiestablishment político, que suelen describirse como movimientos y no como partidos, tienden a formar casos extremos de “partidos personalistas” (Archer, 1992: 15), de organizaciones de liderazgo con bajos niveles de diferenciación interna, en las que caciques solitarios dan órdenes a séquitos extensos (Calise, 1994; Perruci y

Sanderson, 1989: 44; Pfahl-Traughber, 1994; Rosenstone *et al.*, 1994; Taggart, 1994: 8-10). Los politólogos normalmente pensamos en la oposición política en términos binarios, contraponiendo dos grupos de jugadores: los que aceptan las reglas democráticas del juego y los que no. Esta dicotomía aparece bajo títulos variables como la oposición democrática *versus* antidemocrática, leal *versus* de principios, normal *versus* fundamental o intrasistémica *versus* antisistémica (véase Kirchheimer, 1996: 237; Sartori, 1976: 133). Esta distinción polar es apropiada siempre que refleje una realidad polar. No obstante, al ser actores nuevos, confusos, ambivalentes y no clasificables que pueblan la presunta tierra de nadie entre oposición leal y desleal, nos vemos obligados a adaptar nuestro aparato conceptual y a llenar el espacio entre los dos polos de la oposición con un continuo intermedio. Hemos de admitir una categoría intermedia, un campo medio distintivo.

Siguiendo a Juan Linz podríamos llamarlos “semileales”, actores que caminan sobre los campos minados entre la oposición normal y la antidemocrática. Linz define la semilealtad por las actitudes que los actores asumen hacia las fuerzas de oposición desleales. En su perspectiva, los partidos semileales están dispuestos “a alentar, tolerar, encubrir, tratar indulgentemente, excusar o justificar” la vio-lencia ilegítima, sobre todo cuando la cometen extremistas que están de su lado (véase Linz, 1978: 32-33).

Los partidos antiestablishment político no son necesariamente semileales en este sentido (a veces por la simple razón de que los actores violentos de la oposición no existen). A pesar de todo, también podemos tratarlos como subcasos de semilealtad. Como otros actores semileales, no encajan en el par convencional de casilleros. No son clasificables ni como actores leales ni como desleales. Por un lado, la oposición antiestablishment político es más que la oposición normal en la medida en que centra sus ataques no en los gobiernos titulares sino en todos los partidos, del gobierno y de la oposición por igual. Por otro lado, la oposición antiestablishment político es menos que la oposición fundamental porque lanza sus ataques sobre principios democráticos. Los actores antiestablishment político declaran aceptar las reglas básicas del juego constitucional. Al menos, según su retórica oficial, su embate básico no es antisistema sino “dentro del sistema” (Huntington, 1991: 266), o por lo menos “asistémico” (Beyme, 1985: 366).

La emergencia de las CUP

Desde hace ya una década se identifica una tendencia creciente en el mundo local catalán, y los datos electorales del 22 de mayo de 2015 una vez más la validan, y con mucha fuerza. Así pues, y de manera ilustrativa, las Candidaturas de Unidad Popular (CUP) obtienen 62.111 votos, 101 concejales y 3 alcaldías (frente los 18.536 votos y 20 concejales de 2007); las Candidaturas Alternativas del Vallès (CAV) se consolidan en la comarca con presencia en siete municipios grandes, con 13.790 votos, 16 concejales y un consejero comarcal; las Entendidas el Progreso Municipal mantienen representación y algunas alcaldías; y otras experiencias no vinculadas directamente a las anteriores estructuras municipalistas - como por ejemplo Gente de Gramanet, la Candidatura Activa del Figaró o la Alternativa por Castellbisbal - logran buenos resultados.

Aunque con una tendencia moderada, nos encontramos con un mundo local cada vez más heterogéneo desde el punto de vista de los números de actores partidistas en juego. Mientras que en 1979 encontramos 1.826 candidaturas en 2007 esta cifra aumenta hasta las 2.414 candidaturas que obtienen representación. El aumento del número de candidaturas se debe a dos factores diferenciados: el mantenimiento numérico de candidaturas extrañas (y no su reducción como se había pronosticado) y el aumento de candidaturas vinculadas a partidos políticos por el interés cada vez mayor de estos por el gobierno local -en parte como consecuencia de una estrategia de extensión y visualización partidista, considerando el ámbito municipal como cantera de futuras carreras políticas, fuentes de recursos monetarios, institucionales y humanos. En definitiva, cada vez hay más partidos que compiten en un número mayor de municipios. Otro elemento a destacar, recurrente en la literatura sobre comportamiento electoral, es el hecho de que la mayoría de las candidaturas son de partidos políticos parlamentarios. En estos 30 años, 12.764 (79,5%) candidaturas de partidos políticos parlamentarios obtienen representación y sólo se identifican 2.167 (19,7%) candidaturas extrañas (con o sin vinculación con partidos políticos). Hay que apuntar también que las candidaturas de partidos extraparlamentarios son una realidad marginal en la política local catalana (sólo se identifican 146 candidaturas de este tipo)

Las CAV se configuran como coalición electoral en las elecciones de 2007, a pesar con anterioridad ya existía una estructura de coordinación. Se organizan en forma

confederal y tienen un consejero comarcal. Actualmente la conforman 7 partidos del Vallès Occidental: Alternativa de Izquierdas por Badia, Alternativa por Rubí, Compromiso por Ripollet, Compromiso por Cerdanyola, Entesa per Sabadell, Izquierda Alternativa de Barberà y El Altraveu por Cashogar. Se mantienen contactos con L'Alternativa por Castellbisbal y con Gent per Gramanet. Las CUP son un partido político de base municipalista. Así pues, tienen como referente las CUP históricas de los años ochenta y las que surgen en las elecciones de 1991 partir de una apuesta política de la izquierda independentista. La mayoría de las CUP locales, sin embargo, son de nueva creación y aparecen a partir de 2003. Tienen un secretariado nacional como estructura organizativa central. Las EPM son importantes sobre todo en municipios de fuera de la región metropolitana pero no sólo. A pesar de estar vinculadas a ICV, estas mantienen una estructura organizativa propia. Se trata de un sujeto político que va más allá del partido. Tienen fuerza relevancia en las elecciones de 1999 y las de 2003. Obtienen la alcaldía de algunos municipios medios.

Observamos como las candidaturas independientes experimentan una tendencia descendente a lo largo de estos 30 años: de un máximo de 639 candidaturas en 1979, se registra un mínimo de 218. Esta categoría que históricamente ha sido la más numerosa en cuanto a candidaturas extrañas se refiere, en 2007 se encuentra numéricamente casi igualada a la categoría de candidaturas extrañas vinculadas a partidos políticos o marcas blancas. Si bien en las primeras elecciones locales la presencia de candidaturas independientes fue importante, la tendencia a la politización que cada vez más se vive en el mundo local ha hecho que estas disminuciones duzcan de manera considerable. Ahora bien, esta disminución no se produce siempre en beneficio de candidaturas de partidos políticos de alcance supralocal. De este modo, la misma tendencia politizadora apuntada se detecta en el aumento, sobre todo a partir de las elecciones de 1999, de candidaturas extrañas vinculadas a partidos políticos tradicionales o sus marcas blancas (principalmente Acuerdo Municipal de ERC o Progreso Municipal del PSC). Se detecta un acercamiento de los partidos políticos (sobre todo de izquierdas) a candidaturas independientes a partir de la citada contienda electoral, como estrategia táctica de sumar representantes y crecer la presencia partidista en el territorio, sobre todo a través de sus marcas blancas. Es destacable el interés creciente de los partidos para permeabilizar en la arena local. Como bien relata Joan Botella (1992: 145-146): Los gobiernos locales

suponen a la vez un reto y un instrumento para los partidos: si por una parte tenían que demostrar ser capaces de llenar ese espacio de representación, por otro este mismo espacio constituye por las fuerzas políticas un enorme conjunto de instrumentos, del que pueden obtener «retribuciones», así como mecanismos para extender su legitimación e influencia entre los ciudadanos. Así pues, las candidaturas vinculadas a partidos o marcas blancas se posicionan de manera destacada en 1999 con 56 candidaturas, para conseguir 185 en 2003 y 206 en 2007.

De acuerdo con las tesis sobre la institucionalización de los movimientos sociales en la literatura académica, además del proceso de estabilización de la organización de los movimientos sociales, aparecen como procesos evolutivos inexorables el distanciamiento entre las bases y los líderes y la moderación tanto de las demandas como de su repertorio de acción. Esto nos lleva a la idea de que la institucionalización de los movimientos sociales ha entendido como la adopción por parte de estos de formas, estrategias y roles propios de los otros actores políticos que encontramos en el mapa, ya sean partidos políticos (con la participación directa de sus miembros en el ámbito político-institucional) o grupos de interés (sin la participación directa de sus miembros en el ámbito político-institucional). Estamos hablando, pues, de procesos de profesionalización, jerarquización, búsqueda de representatividad política y moderación. Esto se ha tratado en la literatura tanto desde la asunción directa del postulado (Zaldo and McCarthy, 1987; Heijden, 1997; Kriesi, 1996; Dalton, 1994) como desde una revisión del mismo que, a pesar de entenderlo como un proceso un poco más complejo, no cuestiona su esencia (Tarrow, 2004; Jimenez, 2003; Pruijt, 2003).

El tamaño del municipio y el espacio geográfico si que son definitorios del tipo de candidatura alternativa y popular que se gesta en un municipio. Las candidaturas que se encuentran en municipios de la región metropolitana, así como también en municipios medios o grandes, normalmente pertenecen a la órbita de las CAV o las CUP. Se trata, pues, de un fenómeno eminentemente urbano, y relacionado con una generación de militantes formados en los años noventa y 2000, que conviven durante una época en espacios activistas de Barcelona y alrededores (incluida la UAB, la UB y otras universidades públicas como espacios importantes de socialización). También con activistas de generaciones mayores que se unen a las protestas de estos últimos decenios:

desde las movilizaciones de la Red ciudadana por la Abolición de la Deuda Externa, pasando por las manifestaciones contra la guerra.

En términos de capital electoral, las CUP no son un elemento nuevo, aluvional, sino que reconocen un gran historial, incluso mayor al de algunas fuerzas consolidadas en territorio catalán, como el caso de Ciudadanos-Ciutadans. En las elecciones de 2003 la CUP presentó doce listas en solitario y otras ocho integradas en diversas plataformas. La formación obtuvo representación con un concejal en Villafranca del Panadés, Valls y Viladamat; con dos en Torá y Sallent de Llobregat y con tres en Arbós. También obtuvo concejales dentro de plataformas en Sabadell, Salt, Masquefa, Palamós y Sardañola del Vallés.

En las elecciones de 2007, la CUP se presentó en solitario o integrada en plataformas y obtuvo representación en: Arbucies (2 concejales), Arenys de Munt (1), Berga (2), Capellades (2) (donde se presentaban con el nombre de Vila de Capellades), Cardedeu (1), Manresa (1), Mataró (1) (la ciudad mayor en número de habitantes donde la CUP consiguió representación y donde tuvo más votos en valores absolutos: 2.173), Molins de Rey (1), Montesquiu (1), Sallent de Llobregat (1), San Celoni (2), Valls (1), Vich (2), Viladamat (1), Villafranca del Panadés (2), Villanueva y Geltrú (1).

También se presentó en Badalona, Gerona, Granollers, Lérida, Pineda de Mar, San Cugat del Vallés, Tarrasa, Vilasar de Mar. En esta ocasión se presentó también en la Comunidad Valenciana, concretamente en la localidad de Barcheta.

Sumando todos los votos donde la CUP se presentó en solitario obtuvieron más de 20.000, y si se le suma en los casos donde se presentó integrada en amplias coaliciones, obtuvieron cerca de 35 000 votos.

La Asamblea Nacional de la CUP celebrada en Villanueva y Geltrú en enero de 2011 sirvió para aprobar el programa que todas las CUP redactaron para tener un programa de mínimos común de cara a las siguientes elecciones municipales del 2011 con la intención de presentar unas 80 candidaturas. En algunas de ellas se presentó en coalición con *Des de Baix*. Estas elecciones supusieron un gran paso en la consolidación de la CUP, quintuplicando sus resultados. Consiguió tres regidores en Gerona, y fueron la lista más votada en Arenys de Munt, con cuatro regidores, Alfés (3) y Navás (4), y ha obtenido la mayoría absoluta en Viladamat (4). En estas elecciones, la CUP consiguió 4

alcaldías: Arenys de Munt, Navás, Viladamat y Celrá. La candidatura de la izquierda independentista también obtuvo representación con tres bancas en tres capitales de comarca: Villanueva y Geltrú, Valls y Berga. Destaca también el resultado de Molins de Rey, donde pasó de un único concejal en 2007 a cuatro; en Bañolas (2) y en Reus (1).

En la Comunidad Valenciana se presentó en las localidades de Barcheta (9,28%)

En octubre de 2012 anunció que se presentaría a las elecciones al Parlamento de Cataluña por primera vez; contó con el apoyo de En Lucha, Corriente Roja, Lucha Internacionalista y Revolta Global.

En las elecciones al Parlamento de Cataluña del 25 de noviembre de 2012 la CUP obtuvo 126.435 votos, que representaban el 3,48% del total de votos válido. Con este resultado, la CUP obtenía 3 diputados autonómicos en su debut en un proceso electoral autonómico.

En las elecciones municipales del 24 de mayo de 2015 la CUP presentó 163 candidaturas, frente a las 72 con las que concurrió en 2011, lo que comportó un fuerte incremento de listas (más del doble) especialmente en las Tierras del Ebro y en el Pirineo, además de cuatro listas electorales (en 2011 presentó dos) en Burjasot, Almacera, Biar y Pedreguer; en la Comunidad Valenciana. Para las elecciones al Parlamento de Cataluña de 2015 la CUP confluye junto a otras organizaciones de izquierda en una candidatura llamada Candidatura de Unidad Popular-Llamada Constituyente (oficialmente, *Candidatura d'Unitat Popular - Crida Constituent*; CUP-CC). En dicha candidatura, que cuenta con el periodista Antonio Baños (referente de la plataforma nacionalista de hispanoparlantes *Sumate*) como cabeza de lista por Barcelona, participan la propia CUP, *Endavant*, *Poble Lliure* y otras organizaciones de la izquierda independentista catalana. Además, también participan otras organizaciones no independentistas como *En Lucha*, *Corriente Roja* o *Lucha Internacionalista*. Finalmente la CUP obtuvo 336.375 votos, logrando 10 escaños en el Parlament, más de 210 mil votos más de los que consiguió en 2012. La CUP consiguió ser la fuerza más votada en un único municipio, la Vilella Alta, en la Provincia de Tarragona, donde obtuvo un 48% de los votos. Además, consiguió grandes resultados en municipios como Farrera (Lleida) con un 36%, Viladamat (Girona) con un 32%, Soriguera (Lleida) con un 32%, Sales de Llierca (Girona) con un 30% o Llusá (Barcelona) con un 29% de los votos.